

Enrique Molina

De la libertad ⁽¹⁾



El tema de la libertad es más apasionante aun que el del espíritu. El concepto de libertad no tiene la vastedad y misterio del de espíritu, pero es más humano; entra con mayor hondura en los anhelos y necesidades de los hombres y suele presentarse como el remedio ideal para todo lo que nos falta y para lo que sentimos de inexpresado en nuestra personalidad.

Sabemos que se llama determinismo a la concepción de un orden que establece encadenamientos de causalidad entre los antecedentes y las consecuencias de los hechos y de las cosas. No faltan quienes nieguen el imperio de un determinismo completo, aun en el mundo físico. Entre ellos se cuentan los que afirman la indeterminación de los movimientos de los átomos. Son muchos los que lo niegan en el mundo psíquico, o sea, que oponen a aquella doctrina la del libre albedrío de la voluntad y de la conciencia. Pero nos parece que a la

(1) Capítulo de un libro sobre la filosofía bergsoniana que está imprimiendo la Universidad de Chile.

libertad no es dado entenderla como algo incondicionado, que no obedece ni a razones ni a motivos de ninguna especie. Del examen que vamos a hacer del problema, creemos poder inferir que no se justifican posiciones absolutas en la materia y que es posible encontrar alguna conciliación, algún eje de unión entre esos polos extremos que se llaman libertad y determinismo.

* * *

Bergson, el filósofo del impulso vital, de la duración y del espíritu entendidos como cambios continuos y como fuerzas productoras de algo siempre nuevo e imprevisible, sostendrá la tesis de una libertad indeterminada (1). Pero la considerará únicamente como fenómeno de conciencia y no en cuanto a hecho de la vida social, jurídica, política y religiosa.

Nuestro filósofo cree que los más elementales acaeceres del alma significan ya un anuncio de libertad. Así en la sensación debemos ver, según él, un comienzo de decisión libre o, al no aceptar una interpretación de esta clase, estaríamos obligados a convenir en que la sensación no tiene razón de ser. La sensación es como una interrupción del simple reflejo, suspende nuestra atención y, haciéndonos experimentar dolor o placer, nos invita a evitar una cosa o a buscar otra.

Al respecto, digamos desde luego, para volver más

(1) *Essai sur les données immédiates de la conscience.*

tarde sobre lo mismo, que la conciencia misma se puede entender como una suspensión momentánea del determinismo psíquico.

Cuanto afirma Bergson de la sensación es seguramente muy cierto, pero no se halla reñido con el determinismo. Al contrario, es la obra de un sabio determinismo. Para que el placer y el dolor puedan servir de guías no engañosos a la vida, es menester que sean indicios suscitados en un mundo consecuente, de manera que una sensación atractiva indique algo favorable a nuestro ser y la repulsión que otra provoca sea señal de algo que lo amenaza, lo que es dejar establecida la constancia de procesos deterministas. Sin perjuicio de que en naturalezas degeneradas por el vicio la satisfacción de la sensación de placer que se desea signifique sólo un mayor aniquilamiento del organismo fatalmente dominado por estímulos de disolución.

Bergson distingue en el alma un yo superficial y un yo profundo. Por este último los hombres y las manifestaciones de su vida espiritual se diferencian netamente los unos de los otros. Ese yo profundo no es más que fluencia continua. Aunque las sensaciones lleven el mismo nombre no hay dos sensaciones iguales y lo propio ocurre con los sentimientos. Todo sentimiento es algo vivo que se desarrolla, crece o disminuye y cambia sin cesar.

Estas circunstancias y los demás principios propios de su doctrina, hacen que Bergson mire al acto humano como imprevisible. Para que un observador

de fuera pudiera preverlo, sería menester que se identificara con el sujeto que obra, lo que es imposible. Para el propio sujeto sería imprevisible porque vive en perpetuo cambio y nunca puede conocer todos los antecedentes del acto que va a ejecutar. El último antecedente casi se confunde con el acto mismo.

Por nuestra parte diremos que en verdad un hecho humano no se puede prever con la precisión que acompaña al anuncio de un eclipse, formulado por los astrónomos. La contingencia propia de los sucesos humanos no permite reconocer en su esfera un determinismo absoluto. Esa contingencia y la ignorancia de los fenómenos subconscientes, figuran entre los motivos que alimentan el sentimiento de la libertad en el hombre. Pero es dado llevar a cabo previsiones aproximadas en los sucesos del alma.

Acentuando su tesis afirma Bergson que los hechos de conciencia se sustraen a la ley de casualidad. «Los hechos psíquicos profundos, dice, se presentan a la conciencia una vez y no reaparecen nunca». Sin embargo, la verdad es que si estos hechos no se repiten ni se reproducen con el cortejo íntegro de sus detalles, se reproducen por profundos que sean con sus contornos esenciales. No podremos escuchar la marcha fúnebre de Chopin en dos ocasiones absolutamente iguales; pero siempre nos producirá más o menos una impresión de laxitud y de tristeza. Tampoco escucharemos nuestra Canción Nacional en dos momentos enteramente idénticos; pero cada vez que la oigamos nos sacudirá con

una emoción de entusiasmo más o menos semejante. Y nunca ocurrirá que la bella marcha de Chopin nos haga sentir los efectos de la Canción Nacional, y viceversa.

Pero el lenguaje y la vida social recubren con una capa de formas comunes nuestro yo profundo, sofocan lo que tenemos de individual y personal y en el escenario del mundo no aparece más que el yo superficial.

Vastísimo asunto previo es el que plantea nuestro filósofo para llegar a su comprensión de la libertad.

Aceptemos su distinción de los dos yo como otra manera de expresar el hecho de tener individualidad o no tenerla. Digamos también que son excepcionales los hombres en los cuales se pueda reconocer la vibración de un yo profundo. La mayor parte no son más que adocenados productos de las circunstancias sociales, buenas o malas, sin individualidad alguna.

Reconociendo como algo de lo mejor de nosotros el surtidor de espontaneidad (ideas nuevas, inspiraciones, iniciativas de la voluntad) que solemos encontrar en la raíz de nuestras almas, aceptemos como una fecunda y sabia orientación la de buscar nuestro yo profundo. En este sentido la tesis de Bergson aporta un estímulo para el desarrollo de la personalidad, para la libertad de pensamiento y para la independencia que reclaman el hombre de ciencia, el artista y los que quieren hacer su vida no temiéndole a los riesgos. Desde estas perspectivas podríamos decir que se aspira a la libertad en

cuanto posibilidad plena de alcanzar la completa expresión de la personalidad.

Pero al revés de lo que piensa Bergson no vemos cómo se puede lograr esta meta fuera de la sociedad y sin la ayuda del lenguaje. La atmósfera social y el instrumento del lenguaje, que suelen adocenar a muchos individuos, son indispensables para el desenvolvimiento de todos.

Siguiendo por la misma cuerda, dice nuestro filósofo, que el acto libre consiste en que emane del propio yo únicamente. Seríamos libres cuando nuestros actos vieran cargados con la efusión de nuestra personalidad entera.

Parece que se podría definir entonces la libertad como la facultad de determinarse por sí mismo, definición que, sin querer hacer el menor juego con la palabra «determinarse» no estaría reñida con la existencia de motivos y razones determinantes.

Pero hay que formularle un reparo más grave todavía a la libertad entendida como mera expresión de la personalidad y consiste en el de excluir la austera comprensión de la libertad en cuanto dominio de sí mismo. Durante el imperio de una pasión avasalladora, acto expresivo de la personalidad sería el inspirado en los reclamos de la pasión. Así el individuo que en este estado se determina por sí mismo y ejecuta actos que emanan de su propio yo, únicamente puede en verdad sentirse libre de coerción exterior, pero no de la tiranía de sus pasiones y de sus vicios.

* * *

Termina Bergson su disertación diciendo que la libertad es un sentimiento, un hecho, uno de los hechos más claros que se ofrecen a nuestra experiencia, . . . lo que no impide que los actos libres sean muy raros. «Si somos libres, agrega, siempre que queremos recogernos en nosotros mismos, la verdad es que muy pocas veces lo queremos».

La libertad es un estado que se siente, pero que no se puede definir, según Bergson. Desde que se trata de definirla se cae en el determinismo. Tal vez por esta razón nuestro filósofo no se detiene a considerar los aspectos históricos, sociológicos y socialmente prácticos del problema de la libertad, que son los que sobre todo interesan a los hombres.

Vamos a hacer una ligera excursión por estos campos antes de dar la última mano a nuestro análisis de la teoría bergsoniana y en ella tal vez encontraremos que la libertad no es incompatible con cierto determinismo.

* * *

En sentido empírico se dice que un hombre consagrado a una profesión liberal es libre y que un empleado no lo es. Así, frecuente caso es considerar la falta de libertad sólo desde el punto de vista de la sujeción a otro hombre y no tomar en cuenta que es quimérico vivir en sociedad y no someterse, cualquiera que sea

la situación o posición que se tenga, a cierta disciplina dentro de la solidaridad social. De acuerdo con esa manera incompleta de entender la libertad se habla de las cadenas del matrimonio y de la independencia de los hombres solteros. A veces la aspiración a la libertad se enfoca en un solo punto y el cuitado cree que lo único que le falta para ser libre es sacudir el yugo de una mujer que lo abrumba, substraerse a las garras de un mal patrón, salir de la cárcel.

El conferir al Estado mayor o menor suma de atribuciones, la fijación de los derechos y de las relaciones de los individuos, las luchas entre socialistas e individualistas giran alrededor de la libertad empírica; es decir, se trata en estos problemas de fijar lo que los individuos o grupos de individuos tengan el derecho de hacer o no hacer. En este mismo sentido se habla de los pueblos que combaten por su independencia o que son celosos de ella, de los héroes de las libertades cívicas y, en una palabra, de todos los casos en que hay lucha por el derecho.

La libertad de que hablamos comprende en primer lugar el dominio sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Moverse, viajar y poner el sello de las fuerzas personales en un objeto exterior; sentir la conciencia sin imposiciones extrañas a la propia personalidad y pensar según inspiraciones íntimas, son atributos de la libertad empírica. Simel ⁽¹⁾ agrega a estos atributos la

(1) Einleitung in die Moral Wissenschaft, II, Die Freiheit.

propiedad y la soberanía sobre otros hombres. Es claro que si mi libertad consiste en hacer lo que quiero respecto de los objetos exteriores, puedo hacer más mientras mayor número de objetos o bienes posea. «Así es la posesión de objetos exteriores un simple aumento o extensión de la propia libertad personal». Pero agrega nuestro autor, «la libertad aumenta con la propiedad sólo hasta ciertos límites; después más bien disminuye». Hay cierta cantidad de bienes más allá de los cuales la voluntad, por decirlo así; no deja sentir su acción sobre ellos, que es en lo que consiste la libertad.

«El deseo y la codicia pueden, naturalmente, seguir adelante, pero estos evidencian su falta de finalidad en el descontento que sigue al logro de su ambición. En tanto que una exorbitante cantidad de riquezas se acumulan en una mano, otros carecen de lo necesario para su libertad. El principio del *máximum* de libertad exige que el *máximum* de la propiedad se coloque donde el hombre pueda poner a los objetos exteriores el sello de su voluntad». Para mayor claridad, yo agregaría que el propietario hiciera sentir sobre los objetos de su propiedad la acción de su trabajo.

En consonancia con las ideas insinuadas se habla fundadamente de la base económica que necesita la libertad de los individuos, la de los grupos sociales y la de los pueblos.

En los ejemplos que hemos venido poniendo de libertad empírica nos hemos colocado cerca del que obra y aunque se deja ver que al hacer uso de ella no se

subtrae el sujeto a las influencias de un cierto determinismo, la verdad es que siempre cabe reconocer el ejercicio de alguna libertad.

Otro cuadro se nos presenta si cambiamos de punto de observación. Mirada la humanidad entera en las perspectivas que nos ofrecen la etnografía, la historia, la sociología y la estadística, la libertad individual desaparece y se esfuma en las grandes corrientes de un determinismo histórico-social al parecer ineluctable.

El destino de los pueblos antiguos: egipcios, caldeos, indios, fenicios, griegos, romanos, se nos presenta como escrito con claridad en la posición geográfica de sus países, en las líneas de sus valles, de sus montañas y de sus costas y con las aguas de sus ríos y de sus litorales. La fuerza misteriosa de la raza y la más aparente de las instituciones, que obran sujetas a las condiciones anteriores, parecen dominar todos los resortes del tablado en que se agitan las almas individuales. Es difícil imaginarse que un indio de antes de la época de Buda no fuera bramanista, que un romano de los siete primeros siglos no fuera pagano, ni que un árabe del califato de Bagdad no fuera musulmán. En las épocas de plenitud de la vida del Estado o de la sociedad el ambiente espiritual que se respira es incontrastable para el individuo. Y lo más probable es que cada uno de esos creyentes haya tenido por cierto que ha aceptado libremente sus creencias como ser pensante y razonable.

Pero que el individuo resulte una cantidad *i n c o n s i d e r a b l e*, casi un autómeta dentro de las grandes

corrientes históricas no quiere decir que en realidad sea así en todos los círculos de su actividad. Formular tal afirmación sin distingos equivaldría a estimar el valor de la humanidad por lo que ella representa cuando se estudia la Tierra desde un punto de vista exclusivamente astronómico. En este caso la humanidad aparece también como una cantidad inconsiderable.

La Tierra efectúa sus movimientos y cruza los espacios sin que le importe un ardite la vida de nuestra especie, sus planes y pretensiones, sus alegrías y dolores. Y no obstante, la humanidad se ha enseñoreado del planeta. Decir de los desiertos y pantanos que ha convertido en vergeles y campos salubres y laborables, de cómo ha puesto en cintura por medio de canales y de diques a los mares y a los ríos, de cómo ha afianzado la vida humana extirpando en regiones enteras todo bicho contrario a ella, de cómo ha sabido aferrarse a los lomos del planeta y resistir sus corcovos haciendo sus casas, por gigantescas que sean, a prueba de terremotos, sería entrar a detallar parte de la historia de la cultura. Todo ello afirma, sí, que el hombre no es un simple producto del medio ambiente, sino que se ha mostrado capaz de transformar su medio. En esta obra específicamente humana, que desmiente el imperio de designios fatalistas en el desarrollo social, el hombre ha tenido que llevar sin embargo como guía y consejero indispensable, el determinismo científico.

Proporcionalmente, el individuo, aunque arrastrado en forma inevitable por las grandes corrientes sociales

de su tiempo, goza dentro de un círculo inmediato a su persona de la posibilidad de obrar de diversas maneras. Dentro de un mismo instituto de educación hay profesores que por su competencia y rectitud, por su valor moral y su espíritu comprensivo se elevan a la categoría de modelos para sus alumnos y son respetados y amados por ellos, mientras que otros no pasan de ser ganapanes incapaces que los provocan a risa. De varios padres de familia de una misma sociedad y condición, unos tienen comprensión clara de sus deberes y carácter e ideas sólidas para dirigir la educación de sus hijos, mientras que otros, o son unos corrompidos, víctimas de sus vicios, o unos calzonazos, juguetes de sus mujeres. En toda sociedad es dado encontrar al lado de la inconsciencia moral, el sentido moral; junto al negligente, al activo y escrupuloso; frente al farsante audaz, el valor honrado y sólido. De manera que los historiadores y moralistas aficionados a los grandes cuadros globales, representativos de épocas y países, y a tronar contra la corrupción general, son siempre injustos respecto de muchos méritos y virtudes que pasan para ellos inadvertidos, como para el visitante apresurado pequeñas piedras preciosas en un gran museo.

En la escala de la personalidad el peldaño más alto lo ocupa el héroe que puede ser pensador, hombre de acción, artista, fundador de religiones, reformador moral, santo. En muchos de ellos se ofrece de común una de las formas más ricas de la vida espiritual, la aparición de ideas nuevas que abarcan desde mejores

aplicaciones técnicas hasta verdades que traen progresos para las ciencias y la filosofía, y normas innovadoras encaminadas a hacer más justas y perfectas las relaciones entre los hombres. En estos casos el ejercicio de la libertad viene a confundirse con el ejercicio de la originalidad creadora.

En líneas anteriores hemos dicho que no concebimos el desarrollo del yo profundo fuera de la vida social y del aprovechamiento del lenguaje. Esta no es más que una incidencia del determinismo social al que no puede substraerse la formación de la personalidad. El genio, por original y poderoso que sea, es una fuerza que obra en inevitable relación con la cultura de su época y cuyo desarrollo se halla condicionado por la educación que recibe.

En ambas se afirma, como en trampolines, para dar su salto de superación. Calcúlese lo que habría sido de Goethe o de cualquier otro espíritu superior, si por una mala jugada de la suerte hubiera caído en su infancia en medio de una tribu de caníbales y ahí hubiera permanecido. No habría sido más que un caníbal.

* * *

En este problema de la libertad ocurren coincidencias e incongruencias muy curiosas. Los que atacan al determinismo se sirven de él para hacerlo. El que escribe perora o da lecciones en contra del determinismo, confía para el éxito de su propaganda en el estableci-

miento de una relación convincente entre su palabra y sus oyentes o lectores, relación causal que es una confirmación del determinismo.

A primera vista los partidarios del libre albedrío se presentan como defensores de una mayor expansión espiritual y los deterministas como sostenedores de una limitación. Sin embargo, aquéllos que son por lo general afectos a la tradición y éstos figuran entre los progresistas e innovadores. Parejamente—colmo de las incongruencias—los sostenedores del libre albedrío combaten casi siempre la libertad de pensar, mientras los deterministas la defienden.

* * *

Forma obvia de la libertad es disponer de posibilidades de obrar en diferentes sentidos. Mal se le puede hablar de libertad a quien se le deja un solo camino para salir de un paso bueno o malo. A lo más se le podrá hablar de resignación. También pone muy poco a prueba su espíritu y su voluntad el que no hace otra cosa que seguir una rutina de todos los días. Hay que reconocer, sí, que un hombre de esta laya puede reclamar la libertad de continuar en su rutina. De todas maneras es recomendable para los jóvenes que no tomen las ocupaciones rutinarias, como son los empleos oficinescos, que atraen por de pronto con sus remuneraciones aseguradas y fáciles, y luego empobrecen la vida y el alma porque junto con apartar los riesgos de aquélla

han quitado posibilidades de acción y de éxito a ésta. Lo que a la larga trae monotonía en el vivir, apocamiento del carácter, y, no pocas veces, envidias y amarguras.

No olvidemos, sin embargo, que la aplicación de un espíritu activo a unos mismos trabajos no rutina y se designa con los bellos nombres de constancia y perseverancia, condiciones indispensables para lograr fruto de valor en todo orden de estudios y actividades.

Las posibilidades de una vida son más numerosas cuando ella comienza. El destino de un niño se halla menos determinado que el de un joven, y el de éste, menos que el de un hombre maduro. Un niño parece un libro en blanco lleno de promesas. Un hombre de edad proveya puede haber correspondido a las esperanzas que se cifraron en él, pero ya ha agotado casi la totalidad de sus posibilidades. Estas con el correr de la vida se van estrechando, disminuyendo. El surco de los hábitos tórnase cada vez más hondo y los pasos de la existencia se van dando por canales más o menos rutinarios. El recorrido de la vida se hace así como sobre un abanico. Al empezar, en el vértice, se ofrecen todos los caminos que señalan las varillas. En los primeros años y hasta la época de la juventud, las varillas se mantienen muy juntas y no cuesta saltar de una a otra. Por último, la profesión u ocupación definida y definitiva significa la marcha por una sola varilla. Expresado en otros términos, cabe decir que el determinismo de una vida se va acentuando a medida que ella avanza,

o que la previsión de un acto se halla en razón inversa del tiempo que falta para ejecutarlo.

• • •

Se ha defendido el libre albedrío como necesario para fundar la responsabilidad de cada individuo, lo que a su vez sería un elemento muy esencial del orden moral y social. Es claro que no cabe responsabilidad si se obra bajo una presión externa irresistible, que convierte al sujeto en mero instrumento de una fuerza mayor. No es cómplice el que bajo amenaza de muerte entrega las llaves con que se practica un robo.

Pero la libertad de que ha de gozar un individuo para ser responsable no es indeterminada. Al contrario, si lo fuera sería irresponsable, como en el caso del loco, ejemplo típico de libertad indeterminada, por lo menos racionalmente indeterminada.

La responsabilidad de que hablamos es la que podríamos llamar moral y jurídica; pero hay otra más honda, que tiene algo de instintiva y descansa en una necesidad social. La sociedad no se detiene a considerar la mayor o menor libertad del que obra para defenderse de los actos antisociales y malos que puedan dañarla. Una sociedad toma o debe tomar medidas contra los alcohólicos, los locos y los criminales, no porque sean propiamente responsables, sino porque son nocivos o peligrosos.

Dentro de cierta similitud con los ejemplos anterio-

res, la vida está llena de casos trágicos de responsabilidades reales y no morales. Unos y otros nada tienen que ver con la libertad. En verdad cada uno carga con la responsabilidad de ser como es, con la responsabilidad de su naturaleza y de la educación que la ha recibido, cosas que no han dependido de él. Cada uno lleva su destino a cuestas. ¿Qué culpa tienen el mentalmente atrasado, el deforme, el degenerado de haber venido al mundo con sus defectos? Y cuánto sufren por ello.

Es claro que dentro del mismo destino adverso cabe que se halle contenida la facultad de reaccionar contra tendencias desfavorables.

La responsabilidad es, pues, relativa a la vida social y se desprende de la convivencia de los hombres y de la reciprocidad que debe reinar entre ellos.

Con lo dicho no se pretende restarle importancia al sentimiento de responsabilidad y a su cultivación.

Muy lejos de esto.

Dentro de la conciencia de la reciprocidad y solidaridad humanas, reclamada por la condición esencialmente social del hombre, va la idea, como elemento también del sentimiento de responsabilidad, de las consecuencias que han de derivarse de los hechos de que uno mismo es causa. Estos hechos pueden referirse muchas veces, principalmente, a nosotros mismos y ser factores de la mayor integración o desintegración de nuestra propia personalidad. No cabe exagerar la importancia que tienen nuestros actos para nuestro enrique-

cimiento o empobrecimiento espiritual. Según como procedamos, bien o mal, nos hacemos o nos deshacemos interiormente a cada momento. Así como libertad significa posibilidades de acción, el sentimiento de responsabilidad implica mayor capacidad de previsión, sinceridad íntima y acuerdo con lo que vamos hallando de mejor en nosotros mismos. Gran tarea de la educación es el cultivo del sentimiento de responsabilidad en los jóvenes. A este fin concurren lecciones adecuadas y sobre todo de una manera más activa, los ejemplos vivos que se les presenten, las observaciones directas que ellos hagan y las experiencias y sanciones que deban recoger de sus propios actos.

* * *

Después de esta rápida digresión por la vastedad del tema volvamos, para terminar, a nuestro filósofo.

Ya sabemos que para él la libertad se siente y no se puede definir y que los actos de conciencia son indeterminados e imprevisibles. Recordemos que al tratar del espíritu, Bergson ha llamado al cerebro órgano de atención a la vida, agregando que tanto éste como el cuerpo no son más que instrumentos de acción que impiden al espíritu diluirse en forma inconveniente para nuestra existencia. ¿Cómo conciliar esta finalidad del cerebro con una indeterminación del acto que se mantuviera hasta el fin? Me parece que semejante indeterminación equivaldría a la insensatez, a la locura. Es

verdad que, en contradicción con la señalada finalidad del cerebro, Bergson a dicho en otra ocasión ⁽¹⁾ que todo indica que la naturaleza o el impulso vital, al llegar a la realización del sistema cerebro-espinal humano, hubiera querido construir aparatos de indeterminación. ¿No sería más acertado llamar al cerebro, dejando aparte sus funciones intelectuales especulativas, órgano de busca de posibilidades?

Dentro de esta manera de entenderlo, el cerebro empezaría por ser instrumento de indeterminación, pasaría en seguida a ser buscador de posibilidades para concluir por decidirse en favor de lo que más conviniere a la vida. Sólo así sería órgano de atención a nuestros intereses vitales y de dirección de nuestras actividades.

La incógnita del último momento anterior al acto, esa *x* psíquica que se confunde con el acto mismo según Bergson, la entenderíamos como una fuerza que determina la resolución de la voluntad en el sentido que parece convenir más a la vida del individuo.

La conciencia viene a consistir, desde el punto de vista de la libertad, en una suspensión momentánea del encadenamiento determinista, suspensión que dura tanto como la lucha de los móviles que se disputan el triunfo. Una vez ejecutado el acto la cadena de los antecedentes aparece sin interrupción alguna y el acto, contemplado en el pasado, se presenta claramente sometido al pro-

(1) *L'Evolution creatrice.*

ceso de los motivos que lo determinaron. El sentimiento de nuestra libertad viene a ser la luz retrospectiva que ilumina el itinerario de nuestros actos conscientes.

Por lo demás la libertad no es siempre un valor moral. Únicamente lo es aquélla que reclamamos, no para hacer lo que se nos antoja, sino para hacer lo que debemos. Parejamente las más grandes personalidades en todo orden de cosas, desde las especulativas y artísticas hasta las de la acción, han sido aquéllas que rechazando la coerción exterior, aspirando a determinarse por sí mismas, se han mostrado a la vez como las más disciplinadas interiormente y han querido el régimen de libertad para realizar bien su misión creadora y cumplir con su deber.